

EL BUEN SERVICIO DEL LECTOR

Séptimo. Ya que antes de leer en público, nos habremos leído el texto, sabremos si se trata de una narración, una exhortación, una reflexión, etc. Y nos hará ilusión saber *atinar en el modo adecuado* de leerlo. Por ejemplo, si es una narración, saber distinguir el tono del narrador, el de los diálogos... Si es una exhortación, saber leerla con convicción. Atinar en todo eso no es difícil: basta buen sentido y ganas.

Octavo. Puede sorprender, pero para una buena lectura son muy importantes *los silencios*. Los silencios -las pausas- dan luz a las palabras. El lector que sabe respetar los silencios (por ejemplo, en los puntos y aparte) y además los aprovecha para respirar, es casi seguro que se hace escuchar.

Noveno. En todo es bueno escuchar la opinión de los otros. Por eso, sería conveniente que las personas que leen habitualmente en cada iglesia, se encontraran para intercambiar opiniones, para hacer algún ejercicio de lectura, etc.

Lectura del salmo

El ideal es que el salmo después de la primera lectura se cante. Pero si no se canta, conviene que no lo lea la misma persona que la primera lectura. Con todo, si lo es, debe dejar un espacio de silencio antes de empezar (empalmar ambos textos es quitar sentido a los dos).

Al empezar, NO se dice "Salmo responsorial".

Lo mejor es que antes de iniciar salmo, se cante un canto breve (antífona) que se vaya alternando con las estrofas del salmo.

El Leccionario incluye una frase que -si no se canta- puede utilizarse como respuesta del pueblo a cada estrofa (la indica con una R. de respuesta). Pero, especialmente en las misas dominicales, es preferible no leerla y que los asistentes no deban repetirla. ¿Por qué? Porque lo más importante es que escuchen el salmo y no estar pendientes de esta respuesta.

Los salmos son oraciones en forma de poesía. Por tanto, requieren una lectura pausada, sentida.

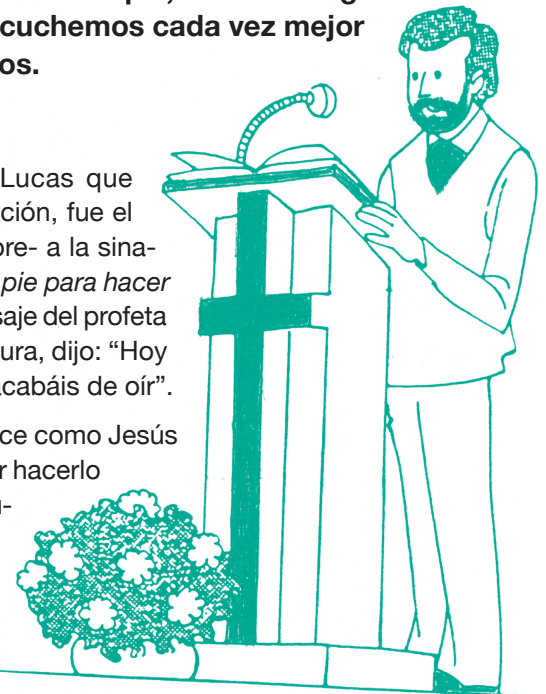
En nuestras misas, una parte muy importante son las lecturas de la Palabra de Dios.

Por eso, leerlas bien es un excelente servicio a la comunidad cristiana. Es dar nuestra voz a Dios para que a través nuestro hable a su pueblo.

De ahí la importancia de que, en nuestra iglesia, leamos y escuchemos cada vez mejor la Palabra de Dios.

Explica el evangelio de san Lucas que Jesús, al comenzar su predicación, fue el sábado -como era su costumbre- a la sinagoga de Nazaret y "*se puso en pie para hacer la lectura*" (aquel día leyó un pasaje del profeta Isaías). Y que, terminada la lectura, dijo: "Hoy se cumple esta Escritura que acabáis de oír".

El lector, en nuestras misas, hace como Jesús en la sinagoga. Y debe procurar hacerlo tan bien como él lo hizo. Así ayudará a que, para todos, lo que leemos no sea como cosa de otro tiempo, sino mensaje de Dios para *hoy*, para nuestra vida.



SEIS NORMAS FUNDAMENTALES PARA UNA BUENA LECTURA

- 1 Antes de empezar la lectura, coloque el *micrófono* a un palmo (más o menos) delante de la boca.
- 2 Al empezar, NO debe leerse lo que está en *rojo* (por ejemplo: no debe decirse “Primera lectura”). Lea con entonación el título de la lectura (por ejemplo: Lectura del profeta Isaías), mire a los asistentes y espere unos segundos antes de continuar.
- 3 Al leer, tenga en cuenta que lo más importante es *no precipitarse*. La mayoría de lectores corren demasiado. No se trata de terminar lo antes posible, sino de que los asistentes puedan seguir y enterarse de lo que se lee.
- 4 Por eso, es necesario hacer caso de las *señales de tráfico* de la lectura: las comas y los puntos. Las *comas* son como un “ceda el paso” (una leve pausa) mientras que los *puntos* son como un “stop” (un pararse un par de segundos).
- 5 Si antes se ha leído la lectura (mejor un par de veces) sabrá mucho mejor cómo leerla bien. Darle sentido. Facilitar que se entienda. Por ejemplo, en la frase: “Dios no salvó a UN pueblo, sino a TODOS los pueblos de la tierra”, subrayar con la voz estas dos palabras clave.
- 6 Al terminar la lectura, espere unos tres segundos y diga mirando a los asistentes y con cierta solemnidad (¡es una aclamación!): PALABRA DE DIOS. Y espere la respuesta antes de irse, sin prisas.

Y nueve consejos para mejorar nuestro servicio de lectores

Primero. *Leerse antes la lectura.* Mejor dos veces (una para saber qué dice; la segunda para fijarse en las palabras o nombres que nos puedan resultar más difíciles). Y, aún mejor, leerla en voz alta (así “tropezaremos” con las dificultades y luego las podremos evitar mejor).

Segundo. Es decisivo *cómo comenzamos* la lectura. Para el que lee y para quienes escuchan. Para quien lee, porque si empieza a acelerarse desde el principio o empieza inseguro, la cosa irá empeorando. Para quien escucha, porque si el principio no se entiende, la atención cae en picado.

Tercero. Para que se nos oiga y entienda bien, son importantes dos cosas: la primera es *no bajar la cabeza*, la segunda es *abrir más la boca* de lo habitual. Con la cabeza alta, la voz resultará más clara y el tono más elevado (si hace falta, podemos levantar el libro). Abriendo bien la boca, las vocales nos saldrán más redondas y las consonantes más contrastadas.

Cuarto. Durante la lectura, nos ayudará el *mantener la ilusión* en el servicio que estamos realizando (prestamos nuestra voz a la Palabra de Dios y servimos a la comunidad cristiana). Esta ilusión por hacer bien -con sencillez- este servicio, hará que leamos con una tonalidad amable, no agresiva ni hiriente pero tampoco desganada. Porque toda lectura de la Palabra de Dios es una “buena y alegre noticia”.

Quinto. Conviene *leer en el libro* del Leccionario, no en hojas diocesanas o misalitos. Porque para eso está el Leccionario (y es dar nobleza a la lectura). Y porque su letra es más grande y el texto está mejor distribuido.

Sexto. Si nos equivocamos en una palabra -a todos puede pasar- lo correcto es detenernos un momento y volverla a decir con calma (pero no hace falta decir “perdón”).

Moniciones antes de las lecturas

Suele ser útil, antes de las lecturas (especialmente de la primera y segunda), leer unas breves moniciones o introducciones. Que ayuden a los asistentes a situarse para poder entenderlas mejor.

Pero estas introducciones no debe leerlas la misma persona que luego hará la lectura. Y -a ser posible- desde otro lugar (el ambón, lugar de la lectura de la Palabra de Dios, no debería utilizarse para nada más). O puede hacerlas también el celebrante.